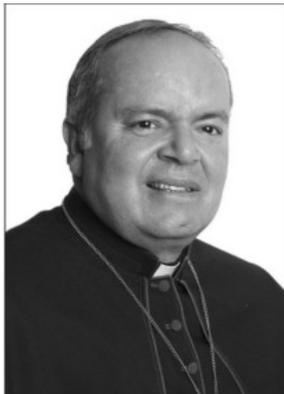


¿‘Aquí siempre se ha hecho así’?

Escrito por Monseñor Jaime Sanabria Arias*

Domingo, 29 de Agosto de 2021 01:50 - Última actualización Domingo, 29 de Agosto de 2021 07:07



Este es uno de esos dichos que se han convertido en frases de cajón, tal vez para escudarse en lo que ya está y es inamovible, o tal vez para evitar la fatiga de la innovación creativa. Eso aparece en el evangelio del día de hoy cuando los fariseos y escribas venidos de Jerusalén cuestionaron a Jesús, “¿Por qué tus discípulos comen con manos impuras y no siguen la tradición de nuestros mayores?” (Mc 7, 5).

Están furiosos porque los discípulos de Jesús no cumplen la tradición del ayuno y otras tantas. El argumento de ellos es sencillamente, aquí siempre se ha hecho así.

No es que el ayuno y lavarse las manos sean tradiciones malas, pero los agarró el vicio de la rutina, de hacer eso maquinalmente, que no requiere tener que reflexionar o decidir. La rutina del matrimonio mata el amor. La pastoral del “siempre se ha hecho así” marchita el espíritu misionero, por eso el Papa dice que la pastoral en clave de misión pretende abandonar ese cómodo criterio del “siempre se ha hecho así”. Los cristianos enquistados en el “siempre se ha hecho así”, tienen el corazón cerrado a las sorpresas del Espíritu Santo y nunca llegarán a la plenitud de la verdad porque son idólatras y rebeldes

Cuando las tradiciones cristianas, que hacen parte del nuestro valioso patrimonio espiritual han perdido el sabor original y se hacen por cumplir, se vuelven tradiciones huecas y vacías. Jesús no pide eliminar las tradiciones, pero cuestiona que se vivan de dientes para afuera, cuando en el corazón no pasa nada, sigue igual, no hay transformación.

Moisés, tenía que sacudir a su pueblo: “escucha, Israel, los mandatos y preceptos que te enseñé, para que los pongas en práctica... Guárdenlos y cúmplalos porque ellos son la sabiduría y la prudencia de ustedes a los ojos de los pueblos”. (Dt 4, 1. 6)

¿‘Aquí siempre se ha hecho así’?

Escrito por Monseñor Jaime Sanabria Arias*

Domingo, 29 de Agosto de 2021 01:50 - Última actualización Domingo, 29 de Agosto de 2021 07:07

Jesús trae a la memoria al profeta Isaías quien había sacude a sus oyentes: “Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. ¡Es inútil el culto que me rinden, porque enseñan doctrinas que no son sino preceptos humanos! Ustedes dejan a un lado el mandamiento de Dios, para aferrarse a las tradiciones de los hombres”. (Mc 7, 6-7) Cuando la vida espiritual se rutiniza, pierde el sabor, sin impulso transformador.

Pero no se trata de hacer un juicio al pueblo de Israel, sino de dejarnos cuestionar nosotros. ¿No será que, con la pandemia, nuestra vida espiritual ha caído en la comodidad de la virtualidad, donde no hay contacto más que con una fría pantalla, y nos quedamos cumpliendo el deber de la misa, pero sin ninguna transformación del corazón ni de la comunidad? ¿Nos conformamos con cumplir con la misa dominical, pero nos quedamos viviendo luego en la privacidad cómoda? Tenemos que hacer un fuerte trabajo. Y la Palabra de Dios nos ofrece algunos elementos que nos pueden ayudar en este sentido.

Tenemos que trabajar el oído. El oído de un cristiano tiene que funcionar a las mil maravillas. Si no funciona, termina oyendo solo sus propios ruidos y en poco tiempo tiene una religión ajustada a sus caprichos. Moisés insiste: “Acepten dócilmente la palabra que ha sido sembrada en ustedes y es capaz de salvarlos”. “No añada ni quiten nada de lo que les mando”. (Dt 4, 2) No se trata de eliminar las tradiciones, se trata de excavar en la palabra de Dios y dejarnos estrujar por ella para encontrar el sentido profundo de las tradiciones y evitar superficialidades que dañan la fe.

Tenemos también que cultivar el corazón. Jesús dice: “Nada que entre de fuera puede manchar al hombre; lo que sí lo mancha es lo que sale de dentro; porque del corazón del hombre salen las intenciones malas, las fornicaciones, los robos, los homicidios, los adulterios, las codicias, las injusticias, los fraudes, el desenfreno, las envidias, la difamación, el orgullo y la frivolidad. Todas estas maldades salen de dentro y manchan al hombre”. (Mc 7, 15) Abrirse a la novedad del espíritu que nos impulsa a cada momento para hacer lo que Dios quiere. Solo si el corazón está puro, hay una religiosidad pura. “Todo beneficio y todo don perfecto viene de lo alto, del creador de la luz, en quien no hay ni cambios ni sombras”, dice el apóstol Santiago.

Mientras las cosas no broten del corazón, terminamos haciendo payasadas, aun en la vida espiritual, ya sea porque vivimos las tradiciones sin sentido, o porque inventamos cosas igualmente sin sentido. Si el corazón está lleno de Dios y de la luz del Espíritu, nuestra vida espiritual brotará como una fuente cristalina de amor. Nunca digamos, aquí siempre se ha hecho así, digamos más bien: lo que hemos hecho siempre, y lo que somos capaces de crear,

¿‘Aquí siempre se ha hecho así’?

Escrito por Monseñor Jaime Sanabria Arias*

Domingo, 29 de Agosto de 2021 01:50 - Última actualización Domingo, 29 de Agosto de 2021 07:07

lo vivimos de manera nueva y profunda, por eso nuestra vida se transforma.

* Vicario Apostólico de San Andrés y Providencia

Este artículo obedece a la opinión del columnista. EL ISLEÑO no responde por los puntos de vista que allí se expresan.